



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO**  
**FACULTAD DE PSICOLOGIA**

## **Trabajo Integrador Final**

### **Posibles reflexiones sobre el sujeto, el tiempo y el otro**

Modalidad: Ensayo

Autora: Lucía Manero

Legajo: M-2991/2

Docente Responsable: Jaime Fernández Miranda

-2018-

**índice:**

Desde la silla de recepción ----- pp. 4

Sobre el tiempo ----- pp. 7

Winnicott y el tiempo ----- pp. 9

Tiempo Subjetivo ----- pp. 12

Tiempo Inconexo ----- pp. 13

Conclusión ----- pp. 16

Bibliografía ----- pp. 18

**Resumen:**

Desde un inicio, los seres humanos establecemos una intrínseca relación con el tiempo. La forma en que habitamos el tiempo se entrelaza con nuestra estructura subjetiva, por lo cual cuando nos internamos en la clínica es dable no dejar de considerar el modo en que éste nos afecta.

En este ensayo, a partir de una experiencia vivida desarrollo dos vías posibles de análisis: por un lado la imposibilidad de constituir al tiempo como una experiencia subjetiva, y por otro lado la de evitar la continuidad del tiempo como un modo de autopreservación subjetiva. A través de estas dos hipótesis me propongo analizar las relaciones, a veces olvidadas, entre la subjetividad, el tiempo y el otro.

**Palabras clave:**

Tiempo, psicopatología, subjetividad, continuidad, el otro.

El tiempo gobierna la rutina de los hombres, nada hay más objetivo que el tiempo, pero también nada hay más subjetivo que él cuando la espera lo paraliza y la emoción lo acelera. Nada hay más personal, nada más compartido. Nada más abundante, nada más escaso.

El tiempo está en todas partes y en ninguna. Es la forma de ser y de no ser. El tiempo es puente, pero también abismo, desechable, inmortal. La vida está hecha de tiempo, pero así mismo, es una carrera contra el tiempo. El tiempo es el enigma de la existencia, pero también la clave, la sustancia, el reto. (Serna Arango, 2003:1)

#### I. Desde la silla de recepción.

Durante mi segundo año de la carrera de psicología tuve oportunidad de realizar una experiencia en Brasil, como recepcionista en un centro de salud que atendía niños y niñas con diversos conflictos psico-afectivos. Los pequeños usuarios aguardaban a ser atendidos junto a sus familiares en una lúdica y amplia sala de espera, la cual poseía paredes de pizarra y en sus rincones se habían armado espacios con diversos juguetes de encastre, muñecos de toda índole y algunos pocos y codiciados juegos de mesa. Mi sitio en la recepción quedaba separado de la sala de espera sólo en parte, lo que hacía que los niños y sus interacciones quedaran dentro de mi campo de visión. Como estudiante inicial de la carrera de psicología sólo había accedido a libros y fotocopias por lo que, como es de suponerse, tenía un ávido interés por conocer y observar casos clínicos.

Aunque no accedí a trabajar ni conocer en profundidad la historia clínica de los niños que acudían regularmente al centro de salud, mi entusiasmo se conformaba con poder observar, presenciar dentro de un marco distinto el modo en que transitaban e interactuaban estos niños. Por lo que, a riesgo de hacer mal la tarea que realmente se me había encomendado, dedicaba gran parte de mi tiempo a observar desde mi silla de recepcionista todo lo que ocurría en la sala de espera con una minuciosa atención.

Había tres niños en particular a los que les dediqué especial interés: concurrían en distintos horarios y eran bastante disímiles entre sí. Sin embargo, me era inevitable asociarlos por el modo particular que tenían de habitar los espacios (en este caso la concurrida sala de espera). Noté que estos tres niños compartían un mismo modo de estar. Concretamente: estos niños desde que entraban hasta que salían de la sala no podían parar de moverse.

Con un escaso recorrido teórico y sin haber nunca trabajado con estos niños, el análisis que pude hacer para mis adentros en ese momento fue escueto, sin embargo, sus tránsitos me impactaron mucho. Cada detalle del conjunto de sintomatologías del que hacían gala estos niños quedó grabado y repiqueteando dentro mío, haciéndose pregunta cada vez que podía.

Los traigo ahora porque encuentro que el cuadro que se podía observar en ellos es paradigmático de numerosos casos de niños y niñas que atraviesan los servicios de salud mental, y que pensarlos supone pensar a muchos otros también. Las preguntas que esto dispare me llevarán a adentrarme en el laberíntico campo de la psiquis humana; advertida, sin embargo, que aunque persiga ciertas preguntas no busco realmente encontrar sus respuestas. Las seguiré cual huellas o marcas que señalizan en los bosques rutas que son alternas, inexistentes a ojos de los caminantes si las marcas no son leídas como tales. Considero que la validez de estos caminos alternos no reside generalmente en ser los correctos a tomar, sino en que existen y por ende que son pasibles de ser recorridos.

Estos tres niños, pasaban por mi puesto en la recepción sin denotar registro alguno, entrando a la sala de espera con paso acelerado pero asimétrico, posando la vista brevemente en diferentes lugares pero sin nunca fijarla. La mirada que tenían estos niños siempre era de asombro, con las cejas alzadas y los ojos abiertos que les daban una expresión casi de susto. Ninguno de los tres adoptaba una postura relajada, avanzaban con los hombros rígidos y levemente adelantados a sus propios pies; los brazos flexionados y las palmas bien abiertas, como si todo el cuerpo estuviese en alerta

permanente. Tocaban los juguetes de la sala pero sin aferrarlos, tirando o simplemente dejando de lado todo cuanto se les cruzaba. Cada uno con sus tamaños y figuras, los tres deambulaban sin una aparente dirección o intencionalidad más que el hecho en sí de no detenerse, y aún cuando había cosas que parecían serles de interés (la lata con pequeños animales o el juego de la zanahoria) nada lograba retenerlos más de unos breves segundos.

Aun viéndolos de espaldas, sin poder observarles la mirada ni mediar palabra alguna con ellos, era posible detectar que algo no andaba bien. Había algo en el modo de estar que se encontraba claramente trastocado y no tenía que ver con las capacidades lingüísticas, cognitivas, recursos emocional-afectivos o sus habilidades motrices. Era algo que se podía percibir de forma previa e independiente al análisis que es necesario para determinar los trastornos en estos aspectos.

Estos niños me daban a mí la sensación de estar huyendo, más precisamente, de estar evitando ansiosamente detenerse; como si parar les resultara *insoportable* o por alguna razón no pudiesen hacerlo. No poder parar no es igual a evitar hacerlo, ni a huir. Todas eran posibilidades, y yo no sabía determinar cuál de todas se ajustaba a estos casos.

Sin embargo lo que era evidente era que estos niños no se detenían y la pregunta que insistía dentro de mi cabeza era ¿por qué?

Detengámonos, ya que podemos, en este punto: el movimiento. Freud plantea que

El sistema nervioso es un aparato al que le está deparada la función de librarse de los estímulos que le llegan, de rebajarlos al nivel mínimo posible; dicho de otro modo: es un aparato que, de ser posible, querría conservarse exento de todo estímulo (principio de constancia). (Freud, 2010:115)

Es decir, nuestro sistema nervioso tiende al reposo, y el motivo del movimiento siempre es suprimir los estímulos que le vienen del exterior. En los niños sí, como el resto, la tendencia era hacia el reposo, el movimiento debía estar motivado por algún sentido. Descartando que fueran estímulos externos los que les demandaban este consumo de energía, era dable pensar que el sentido (porque si algo no me cabía duda era que ese continuo transcurrir tenía un sentido) tenía que ser del orden de lo pulsional.

Como nos indica Freud, “hallamos que la actividad del aparato psíquico, aun del más desarrollado, está sometida al principio de placer, es decir, es regulada de manera automática por sensaciones de la serie placer-displacer” (Freud, 2010:116)

En estos tres niños todo el comportamiento, lejos de aparentar ser placentero, transmitía la sensación de una angustiante ansiedad, de que no estaban en calma ni parecían poder hallarla. Sin embargo, como sabemos, la cuestión de las pulsiones se complejiza con la idea de que puede haber un rodeo por lo displacentero para preservar o conseguir algo de mayor implicancia subjetiva.

[...] debemos decir que, en verdad, es incorrecto hablar de un imperio del principio de placer sobre el decurso de los procesos anímicos. Si así fuera, la abrumadora mayoría de nuestros procesos anímicos tendría que ir acompañada de placer o llevar a él; y la experiencia más universal refuta enérgicamente esta conclusión. Por tanto, la situación no puede ser sino esta: en el alma existe una fuerte tendencia al principio de placer, pero ciertas otras fuerzas o constelaciones la contrarían, de suerte que el resultado final no siempre puede corresponder a la tendencia al placer.

[...]Bajo el influjo de las pulsiones de autoconservación del yo, es relevado por el principio de realidad, que, sin resignar el propósito de una ganancia final de placer, exige y consigue posponer la satisfacción, renunciar a diversas posibilidades de lograrla y tolerar provisionalmente el displacer en el largo rodeo hacia el placer. (Freud, 2011:10)

A mi parecer había algo, una premisa, que se les estaba imponiendo por sobre cualquier objeto, juego o propuesta, por más llamativas que estas fuesen y determinaba este comportamiento tan errático que presentaban los niños. Sin embargo, ¿de qué orden era este comportamiento?. Como sabemos, Freud continúa indagando y complejizando aún más el área de las pulsiones y plantea que en las sexuales, a diferencia de las de

autoconservación, el modo de trabajo es el del principio de placer, el cual se impone por sobre el principio de realidad, incluso aunque vaya en detrimento de la conservación del individuo (Freud, 2011). La razón por la que el cumplimiento de estas pulsiones puede percibirse como displacentero es que no siempre pertenecen al yo, sino que por el contrario son reprimidas y rechazadas por éste al ser inconciliables con todo lo que lo edifica y sostiene como tal.

En la segunda tópica, Freud plantea una nueva dualidad entre pulsiones dando una mayor profundidad a su producción teórica al discernir entre las pulsiones de vida (que abarca a las pulsiones sexuales y de autoconservación y están regidas por el principio de placer), y otras pulsiones que irían más allá del principio de placer: las pulsiones de muerte. Estas pulsiones de muerte se definen por la tendencia de todo lo vivo al retorno a un estado inerte, inorgánico; y se manifiestan en forma de pulsión agresiva o destructiva (Freud, 2011). ¿Podía estar el comportamiento de estos niños regido por la pulsión de muerte? a decir verdad, sus modos de estar carecían de agresividad o intención de destrucción, sino que, a mi parecer, transmitían cierta intencionalidad por preservarse de algo. Si el fenómeno estaba movido por pulsiones de vida es dable asumir que todo el displacer que evidenciaban con su sintomatología era un rodeo para protegerse. Entonces ¿de qué se protegían, si es que lo hacían? ¿Cuál podía ser el sentido de este rodeo?

Encuentro aquí con que la vía se va oscureciendo, obturando, a medida que interrogo más. Me abstendré momentáneamente de intentar despejarlas para volver a la fenomenología del caso de los tres niños, pero ahora con estas preguntas presentes. Con suerte, dando un rodeo se podrá más adelante echar luz sobre el sentido que tenía en los niños este continuo transcurrir.

¿Qué decían con su comportamiento? ¿cómo era el modo de habitar los espacios? A mi parecer, había algo notoriamente trastocado en ellos, que generaba la sensación en quien los observaba de que no podían hallar calma. No era sólo el modo de transitar el lugar; podía verse trastocado en ellos hasta los movimientos más ínfimos como son el ritmo que tenemos para alzar los brazos, girar la cabeza al mirar algo que nos llama la atención e inclusive el ritmo para respirar o alzar las comisuras de los labios para sonreír. Desde mi puesto en la recepción, observaba a estos niños moverse y, sin saber nada de sus historias ni capacidades, estaba convencida de que había algo primitivo y fundamental que se estaba viendo afectado, y para mí, era la relación que éstos tenían con el tiempo. Pero ¿qué es, ciertamente, el tiempo?

## II. Sobre el tiempo

La cuestión del tiempo podemos ubicarla en relación con las preguntas sobre la existencia de los seres humanos. Nos vemos interpelados por la cuestión del tiempo justamente por ser seres inacabados, finitos. El tiempo nos corre y a la vez se nos escapa; y en el intento de apresararlo lo medimos, cada vez de formas más precisas, en un desesperado intento humano de inscribir algo de aquello que no puede terminar de elaborarse y que nos pone frente al hecho de nuestra propia muerte.

¿Cómo nos significa el Tiempo? Y a los fines de este ensayo, si en los tres niños estaba alterada su relación con el tiempo ¿qué estoy diciendo cuando hablo del *tiempo*?

No es mi intención hacer en este ensayo una filosofía del tiempo; pero sí creo que podemos servirnos de la filosofía y también de la literatura para pensar cómo el tiempo es experimentado subjetivamente.

Serna Arango dice en *Borges y el tiempo*:

El tiempo gobierna la rutina de los hombres, nada hay más objetivo que el tiempo, pero también nada hay más subjetivo que él cuando la espera lo paraliza y la emoción lo acelera. Nada más personal, nada más compartido. Nada más abundante, nada más escaso. *El tiempo está en todas partes y en ninguna. Es la forma de ser y de no ser.* El tiempo es puente, pero también abismo. Desechable, inmortal. La vida está hecha de tiempo, pero así mismo es una carrera contra el tiempo. El tiempo es el enigma de la existencia, pero también la clave, la sustancia, el reto. (Serna Arango, 2003:1)

Además de la belleza del pasaje, creo que es interesante la idea de que el tiempo es el modo de ser y de no ser. Uno puede, entonces, Ser o no Ser *dentro* del tiempo.

Por una parte se puede entender al tiempo como algo que nos ocurre, una circunstancia objetiva e inevitable que nos afecta desde afuera, y así como podemos constatar que “la lluvia me ha mojado” también solemos decir “se me ha pasado el tiempo” o “el tiempo me pasó por encima”. Como si “el tiempo” fuera un objeto, algo externo y ajeno a nosotros que nos afecta.

Sin embargo decir que uno es dentro del tiempo marca una sutil e interesante diferencia con este modo de concebir al tiempo. Ser y habitar el tiempo, vivir dentro de él permite concebirlo casi en un sentido espacial, como si fuese un lugar tan amplio y vasto que nunca pudiésemos salir de sus límites y no tuviésemos forma de escapar.

San Agustín planteaba que

Lo que es cierto, y que clara y patentemente se conoce, es que ni lo pasado es o existe, ni lo futuro tampoco. Ni con propiedad se dice: *Tres son los tiempos: pasado, presente y futuro.* Y más propiamente acaso se diría: tres son los tiempos, presente de las cosas pasadas, presente de las presentes y presente de las futuras. (San Agustín, 1824:274)

San Agustín nos advierte de un punto determinante sobre el tiempo: que es siempre actual. No existe un pasado ni un futuro para el tiempo, estas son categorías nuestras para ordenarlo y que nos estructuran psíquicamente.

El tiempo siempre es hoy. Pero sabemos que *Hoy* es pasible de ser fragmentado aún más: horas, minutos, segundos. Siguiendo con el hilo de este razonamiento el tiempo es siempre lo actual, y lo actual es un instante, un simple pestañeo. Es decir, como empieza Borges en *El pasado*: “No hay otro tiempo que el ahora...” (Borges, 1972 :6)

Schopenhauer dictamina que

Ni el pasado ni el porvenir existen más que para el concepto y por el encadenamiento de la conciencia, sometida al principio de razón. Nadie ha vivido en el pasado, nadie vivirá en el futuro: el presente es la forma de toda vida, es una posesión que ningún mal puede arrebatarse. (Schopenhauer, 2005:54)

Es innegable que el tiempo, si lo fragmentamos todo lo posible, es instante. Es decir, nadie objetaría que al tiempo lo componen instantes, sin embargo ¿los instantes son el tiempo?

Creo que no en vano San Agustín y Schopenhauer hablan de presente y no de instante para definir al tiempo. Aunque Schopenhauer señala que no es posible pensar un pasado o un futuro si no es por el encadenamiento de la conciencia, tampoco es posible hablar de un *presente* sin que haya un encadenamiento de los instantes por medio de la conciencia.

Es interesante tomar esta idea de encadenamiento de la conciencia. Si coincidimos en que el tiempo es ese instante que ocurre, esa chispa o fogonazo; si de eso se compone el tiempo, es necesaria una conciencia, dice Schopenhauer, que pueda encadenar esos instantes en una historia personal y sea capaz de dar cuenta de una continuidad temporal. Un presente constante no solo sería concretamente imposible, ya que “La única razón por la que el tiempo existe es para que no ocurra todo a la vez” (Einstein, 1950), sino que también sería psicológicamente enloquecedor.

Encontramos, por un lado, la representación del tiempo, la cual aunque es variable siempre consiste en una *idea* sobre el tiempo y no en el tiempo en sí; y por otra parte tenemos al tiempo que se experimenta. El lactante, al año, aún no puede conceptualizar al tiempo como una noción de pensamiento, pero sí puede experimentarlo.

El tiempo lo podemos constatar en el envejecimiento de las cosas, sin embargo, esto tampoco es tiempo sino mutación de una cosa que *era* a otra que es algo distinto. No es tiempo, sin embargo se requiere tiempo para poder envejecer.

¿Qué es el tiempo entonces? ¿la sucesión entre un cambio y otro?

El Filósofo moderno Francisco Titos Lomas plantea que Aristóteles coloca el acento en la noción de movimiento, es decir, que considera a este fenómeno estrechamente relacionado con la sucesión de acontecimientos y acciones. No puede existir el tiempo sin que ocurran acontecimientos o seres que estén en movimiento.

Según las palabras de Lomas “Aristóteles concibe al tiempo como un continuo de sucesos, donde pueden distinguirse conceptos como ‘antes’ y ‘después’ ”(Titos Lomas,2013:3)

Retomando un poco la pregunta de si los instantes son el tiempo, encuentro que para el sujeto esos instantes no son tiempo si no se suceden los unos a los otros, si no podemos constatar que a un instante le precedió otro.

Lograr definir lo que es efectivamente el tiempo es una empresa tan grande que de ningún modo, como ya mencioné, es el objetivo que motoriza a este ensayo. Sin embargo este breve recorrido que fui haciendo creo que puede haber acercado a responder la pregunta por cómo el tiempo es experimentado subjetivamente. A mi entender, el tiempo supone el vínculo, la conexión entre un instante y el otro. El tiempo es instantes, sin embargo no podemos concebir al tiempo sin que estos instantes se sucedan entre sí, se conecten, y a un instante le siga el otro. Es decir, creo que para que haya un registro, una inscripción de la temporalidad debe, necesariamente, haber una continuidad entre un instante y el otro. El tiempo, para el sujeto, es continuidad de instantes.

Aunque es cierto que en cuanto al tiempo lo único tangible es el presente, constituido por un huidizo y breve instante, no existe sin la conexión sucesiva con instantes pasados y futuros, los cuales habilitan la percepción de una continuidad en el ser a pesar de los cambios.

### III. Winnicott y el tiempo

Puedo resumir entonces hasta acá que el tiempo para ser percibido como tal necesariamente supone una continuidad entre los instantes, y también que veía en los tres niños de mi observada sala de espera una perturbación en su relación con el tiempo. En la forma que estos tenían de habitarlo había algo alterado. Ahora bien, ¿alterado en qué sentido? ¿de qué orden era esa perturbación? y ¿por qué estaba perturbado?

La pesquisa a través de la fenomenología del caso me fue llevando a sumergirme en el campo de la filosofía para tomar una idea de la temporalidad. Me permitió tomar posición desde algún lugar para establecer qué es lo que digo cuando hablo del tiempo en estos niños. Sin embargo, esto no debe desviarnos de las preguntas originales, las cuales no son filosóficas sino psicológicas. Específicamente, son preguntas de orden clínico, que exigen ser respondidas desde nuestro campo.

Retornando a nuestro terreno, encuentro que hay un autor que señala la importancia del tiempo y, específicamente, utiliza la idea de continuidad como un factor determinante en la constitución subjetiva. La tiene presente para desarrollar el vínculo más primitivo que se genera entre el niño y la madre, a raíz del cual conceptualiza la noción de continuidad del ser. De esta forma, Donald Winnicott me permite adentrar en los interrogantes en torno a las estructuras subjetivas que se ven afectadas por la constante tiempo.

El autor inglés dice con respecto al objeto transicional que éste “genera los espacios de continuidad donde el niño siente su propia existencia. El sentimiento de estar vivo es un sentimiento de estar en la continuidad del tiempo”. (Winnicott, 2009:45)

¿A qué se refiere Winnicott cuando habla de continuidad? ¿porqué vincula el sentimiento de que uno está vivo, de que existe, con la continuidad del tiempo? me parece necesario ahondar un poco más en el desarrollo que el autor hace sobre el objeto transicional y el vínculo madre- niño para ver si avanzando por este camino puedo retornar a las preguntas que me impulsaron en un principio.

Winnicott plantea que el punto en el que madre(o quien ocupe su lugar) y el niño empiezan a ser percibidos por el niño como algo separado el uno del otro, es donde aparece el objeto transicional, funcionando como un símbolo de aquella unión primitiva entre los dos. Es decir, el objeto transicional (que puede ser un osito o la punta de una manta, por ejemplo) aparece en el momento y lugar en que el niño vive el proceso de separación y diferenciación de la madre (pecho) como un objeto exterior a él. (Winnicott, 2009).

Winnicott plantea que este proceso de separación está mediado por un símbolo, el cual permite mantener la unión del niño con la madre. La existencia de este símbolo supone, en la realidad psíquica personal del niño, una imago de la madre. Esta imago se mantiene viva gracias a que la madre real y exterior la refuerza con su presencia y cuidados. Sin embargo, esta imago de la madre, que le da al niño la sensación de que ella existe, aunque esté separada de él, está determinada y regulada por la constante tiempo. Y es aquí donde encontramos una vía que articula al tiempo y la continuidad con la subjetividad.

Winnicott en “Realidad y juego” plantea que

El sentimiento de existencia de la madre dura x minutos. Si la madre se aleja durante más de esos x minutos, la imago se disipa, y junto con ella cesa la capacidad del bebé para usar el símbolo de la unión. Se muestra angustiado, pero la angustia es corregida pronto, porque la madre regresa al cabo de x+y minutos. En x+y el bebé no ha tenido tiempo de alterarse, pero en x+y+z queda traumatizado. En x+y+z el regreso de la madre no corrige su alteración. El trauma implica que ha experimentado una ruptura en la continuidad de la vida, de modo que las defensas primitivas se organizan para defenderlo contra la repetición de una “ansiedad impensable”, o contra el retorno de un estado de confusión aguda que pertenece a la desintegración de la nascente estructura del yo.

Aquí la locura implica apenas una ruptura de lo que pudiese existir en ese momento en materia de una continuidad personal de la existencia. Después de su recuperación de la

privación de X+Y+Z, el bebé tiene que volver a empezar, despojado en forma permanente de la raíz que proporcionaba continuidad con el comienzo personal. Ello implica la existencia de un sistema de memoria y de una organización de recuerdos. [...] Los bebés son constantemente curados de los efectos del grado x+y+z de privación por los mimos localizados de la madre, que enmiendan la estructura del yo. (Winnicott, 2009:131)

Aunque Winnicott no plantee aquí explícitamente que para percibir al tiempo como tal es necesario experimentar su continuidad, sí plantea que el niño percibe su propia existencia como continua, y también que el percibir a la propia vida como una continuidad de sucesos puede verse perturbada.

Concretamente, habla de que es posible generar una ruptura no del tiempo como continuo pero sí de la propia existencia como una continuidad, lo cual equivaldría a un planteo similar al que vengo haciendo. Según el autor, la raíz que proporciona continuidad a la existencia del niño está en la madre o en la imago que tiene el niño de ella en su realidad psíquica. La privación de la madre real por un tiempo excesivo no sólo angustia al niño, sino que lo traumatiza, al disipar esa imago mental que tenía de la madre y que permitía mantenerlo unido a ella, al menos de forma simbólica. Al borrarse esta imago, los objetos transicionales pierden efectividad y el niño padece esta ruptura en la continuidad de la vida, deja de percibir que existe de forma continua. (Winnicott, 2009)

Winnicott acá me da pie para preguntarme sobre esta ruptura en la continuidad ¿qué implica subjetivamente esta ruptura? ¿De que *modo* se transita el tiempo cuando se pierde la raíz que permitía percibir a la experiencia personal como continua? ¿qué es lo que ocurre en el medio, en esa ruptura, hasta que la madre vuelve al niño y enmienda los efectos de haberse ido más tiempo del que la estructura del niño podía soportar?. Estamos hablando de un momento primitivo, constitutivo. ¿Qué ocurre si la madre o ese otro no vuelve? ¿O vuelve pero no enmienda?. Principalmente, ¿cómo se transita el tiempo dentro de esta ruptura de la que habla Winnicott?

El autor hace mención a qué se está refiriendo cuando habla de un “corte en el seguir siendo”, es decir, cuando la línea de continuidad de la vida se ve fragmentada

Puede decirse que la protección del yo suficientemente buena proporcionada por la madre (respecto de las angustias inconcebibles) le permite a la nueva persona humana erigir una personalidad sobre la base de la pauta de una continuidad del "seguir siendo". Todas las fallas (que podrían producir angustia inconcebible) generan una reacción del infante, y esta reacción corta el "seguir siendo". Si el reaccionar que quiebra el "seguir siendo" se reitera persistentemente, inicia una pauta de fragmentación del ser. El infante con una pauta de fragmentación de la línea de continuidad del ser tiene una tarea de desarrollo que casi desde el principio se inclina hacia la psicopatología. De modo que en la etiología de la inquietud, la hiperquinesia, la falta de atención (más tarde denominada incapacidad para concentrarse) podría haber un factor muy temprano, que data de los primeros días u horas de vida. (Winnicott, 1962:2)

Creo que el autor me permite desde aquí retornar al caso de los tres niños y repensar algo de sus modos de habitar el tiempo y los espacios.

Acorde con lo planteado por el autor inglés, sería dable pensar en ellos el hecho de que una ruptura en la continuidad de su existencia los llevó a transitar el tiempo de forma inconexa, fragmentada, instante a instante, sin historia ni relación con el instante anterior. Haciendo que su cuerpo, su modo de moverse quede fuera del tiempo, o del tiempo continuo.

Creo que es posible pensar la hipótesis de que ante fallas en la respuesta de la madre o un otro que cumpla sus funciones, se haya podido producir en los niños angustias inconcebibles que los llevaron a reaccionar, generando cortes en el “seguir siendo” y llevándolos, progresivamente a una fragmentación de su ser. Winnicott define al ser como “única base para el autodescubrimiento y para el sentimiento de existir” (Winnicott, 2009:114). Si la línea de continuidad del ser se ve fragmentada, la naciente estructura del yo se desintegra.

Winnicott vincula a la fragmentación del ser como un factor en la etiología de la inquietud. La hiperquinesia, la falta de atención son fenómenos que tienen en común la

*aceleración* en el tiempo, y que cuadran con el caso de los tres niños. Sin embargo, encuentro más apropiado pensar como efecto de esta fragmentación del ser que los tres niños de mi sala de espera en Brasil estuvieran quedando *por fuera* del tiempo como continuo. Es decir, que no estuvieran pudiendo habitar la continuidad temporal como reacción a una falla en la relación con un otro.

#### IV. Tiempo subjetivo

Ya habiendo establecido una posible primer hipótesis para leer a los tres niños a partir de los lineamientos Winnicottianos, me queda resonando el concepto de espacio transicional que él plantea.

Volviendo a traer el fragmento sobre el objeto transicional, éste dice que “genera los espacios de continuidad donde el niño siente su propia existencia. El sentimiento de estar vivo es un sentimiento de estar en la continuidad del tiempo”. (Winnicott, 2009:45)

Es decir, para Winnicott el niño se autopercibe existente, siente que es cuando al tiempo lo percibe de forma *continua*. Poniéndolo en otras palabras, el niño registra a través del cuerpo que es alguien que existe, que vive, cuando transita estos espacios en donde habita el tiempo de forma continua.

A mi entender, esto no dice que constantemente estemos percibiendo que somos y que estamos viviendo, pero sí que esta afirmación de la existencia se da al poder percibir al tiempo como una continuidad entre un momento y otro.

También me parece interesante analizar este “sentimiento de estar vivo” de Winnicott. El autor plantea que se corresponden el hecho de sentirse vivo con el de percibir al tiempo como continuo. Entiendo que lo que está diciendo es que el agenciar al tiempo como una continuidad, como una sucesión y no como instantes aislados entre sí va de la mano, se corresponde, con la percepción de que estamos siendo, de que estamos viviendo. Es decir, no puede haber continuidad del tiempo sin un Ser que se perciba existente, y, por correspondencia, no se puede dar cuenta de nuestra existencia sin que a la vez se perciba que el tiempo es continuo.

Esto me lleva a repensar un poco más la noción del tiempo formulada más arriba.

A mi entender, para poder agenciar al tiempo como continuo debe haber alguien que esté siendo, que se perciba existente en ese instante y dé cuenta de una conexión, sucesión con el instante anterior en el que también *fue*. Es decir, sin un Ser que percibe no hay continuidad, sino sucesión de instantes que efectivamente trascurren pero de forma inconexa el uno con el otro. El hilo, la continuidad de nuestra existencia en el tiempo es posible por esa percepción de “alguien” que se percibe existente.

De este modo, encuentro que se abre acá otra línea temporal, alterna a la cronológica. Ésta línea temporal alterna estaría construida por nuestra historia subjetiva, marcada por la autopercepción del ser en el tiempo y que se caracteriza por la *continuidad*.

Percibir al tiempo como continuo de, a mi parecer, desliza de forma implícita cada vez que se constata esta continuidad una pregunta: ¿quién es ese que está siendo?

Pienso que la respuesta puede efectuarse, posiblemente, de forma automática y no consciente. O incluso consciente pero no necesariamente a través de un pensamiento verbal, sino con la memoria de nuestra historia subjetiva, con sucesos significativos que de alguna forma nos definan. Ahora bien, difícilmente podríamos ser conscientes a cada instante de nuestra existencia. Responder, conscientemente o no, a la pregunta por quiénes somos se nos presentaría realmente agotador.

El tiempo cronológico, constituido por la sumatoria de instantes que pueden medirse, calcularse, cronometrarse, parecería poder ser más breve o más extenso que este tiempo que creo factible denominar, provisoriamente, como “subjetivo”. La idea de un tiempo “subjetivo” referiría a un tiempo que se constituye por la sucesión, conexión de instantes en los que hay huella, marca subjetiva. Consistiría en la continuidad entre cada chispazo de existencia, entre una huella subjetiva y la siguiente, sin importar cuánto tiempo cronológico haya pasado en el medio. Si se quiere, este tiempo subjetivo desafía al cronológico pero en su *extensión*, no en su orden.

## V. Tiempo inconexo

La hipótesis de que podría haber una ruptura en la continuidad del tiempo debido a una perturbación en la relación con el otro es una respuesta posible a mi pregunta inicial de si los tres niños no podían detenerse o en realidad estaban evitando hacerlo.

Siguiendo esta vía de análisis, los niños no podían detenerse, así como tampoco podía decirse que avanzaban, ya que habían quedado por fuera del tiempo (entendiendo al tiempo como continuidad). Sin embargo ¿cómo podría leerse al comportamiento de los tres niños si la respuesta fuese que estaban evitando detenerse?

Lo que más llamaba mi atención de estos tres pequeños usuarios era que no podían estar. Me daban la sensación de que no podían *estar* en el tiempo. Inquietos, ansiosos, erráticos, no se detenían, como si algo fundamental los arrastrara a no frenar bajo ninguna circunstancia.

Observarlos siempre me dejaba una sensación de angustia. De que no se podía respirar bien, o al menos no profundamente. Porque bien sabemos que cuando somos capaces de inspirar profundamente, hinchando el tórax todo lo que nos es posible, es que finalmente hallamos tranquilidad. De otro modo, el tórax siempre se frena antes, en algún punto anterior y se niega a expandirse más.

Los niños consumían un gran monto de energía en continuar en movimiento. Suponiendo que sí podían detenerse pero lo estaba evitando, ¿qué ganaban con no detenerse? ¿qué podía ser tan terrible para justificar ese desgastante monto de energía consumido en no frenar?. Yendo a una pregunta más simple ¿Qué nos ocurre cuando nos detenemos? Generalmente, al frenar somos menos capaces de evitar las preguntas que nos molestan. Es como si detenernos supusiera una mayor consciencia de nuestra existencia. Las preguntas que más asustan son las que nos implican en lo más profundo, las que nos exponen. Cuando nos detenemos, cuando frenamos, implícitamente nos vemos interpelados, ya que para ser conscientes del tiempo también es necesario ser conscientes de nuestra existencia *en* el tiempo.

El permanecer en esa continuidad interpela, implícita y constantemente la existencia de un Ser.

Frances Tustin habla del “terror a disgregarse” y plantea con respecto a casos de niños que padecían autismo, que

Han desarrollado cuando infantes, una formación masiva de reacciones evitadoras a fin de tramitar una percatación traumática (...) estos pacientes son asediados por terrores tan elementales como los de disgregarse, <caer en un abismo> (como lo expresa Winnicott), perder el hilo de la continuidad que garantiza su existencia. (Tustin, 1997:33)

Encuentro que ante una estructuración subjetiva sumamente endeble y frágil, una interpelación que concierne a lo más profundo podría presentarse como amenazante. ¿Podría ser que este terrible gasto de energía y displacer en no detenerse nunca tenga como ganancia evitar el terror a la posibilidad de disgregarse, de caer en un abismo al tener que responder a una interpelación subjetiva?

Si acordamos que el tiempo es continuidad de instantes, y para que exista esa continuidad debe haber un ser que signifique la unión de un instante y otro como sucesivos en su propia historia subjetiva ¿qué podía estar ocurriendo con los tres niños?

Lo que propongo acá sería que en estructuras subjetivas que son precarias y endebles, ante la amenaza de destrucción y derrumbamiento que supone una interpelación subjetiva se la esquivo. Experimentar la continuidad del tiempo implica tener recursos para responder a esta interpelación, lo cual hace que para muchos se haga insostenible, directamente insoportable habitar el tiempo. Pero ¿es posible salirse del tiempo? Pienso en los tres niños y encuentro que un modo posible sería viviendo cada instante sin conexión con el instante anterior, saliéndose del tiempo continuo, habitando cada instante sin que exista una sucesión con algo anterior o posterior.

Sabemos que el tiempo también implica al espacio. El tiempo es movimiento para Aristóteles. Vemos de este modo cómo vivir la temporalidad de forma inconexa afecta al

cuerpo y su movimiento. Desde la mirada médico- hegemónica los casos de estos tres niños de Brasil se hubieran catalogado rápidamente como hiperquinesia, haciéndose foco principalmente en el movimiento, y el modo de intervenir hubiera sido intentando normalizar el comportamiento. Sin embargo, me parece interesante pensar que el foco estaba, en realidad, en el tiempo y su forma de habitarlo.

Hasta ahora, he ido desarrollando vías de análisis que confluyen en que había una perturbación en los tres niños tan profunda que alcanzaba hasta lo más básico y primitivo como es la relación del sujeto con el tiempo. Los pequeños usuarios se encontraban en un continuo transcurrir, pero sin conexión alguna entre un instante y el anterior, y eso los diferenciaba, les impedía compartir con el resto algo común: la forma de transitar la temporalidad y por ende la espacialidad.

Ambas vías tenían también otro aspecto determinante en común: ya fuere que los niños hubieran estado evitando detenerse como que hubieran quedado por fuera del tiempo, en ambas hipótesis los niños seguían insertos en lo simbólico en general; ya que, desde ambas perspectivas el transitar de un instante significativo a otro sucesivamente está necesariamente atravesado por el registro simbólico.

Las teorizaciones de J. Lacan sobre lo simbólico hacen preciso interrogar y ahondar un poco más ¿podía la perturbación en los niños ser más profunda aún y suponer, principalmente, un desanudamiento del registro simbólico?

Lacan desarrolla la noción del Nombre del Padre, significativo que funda el hecho de que haya ley, es decir, que haya articulación en un cierto orden significativo. El significativo del Nombre del Padre es, en el interior del Otro, un significativo esencial, es el significativo amo. Lacan propone un mecanismo específico para la determinación de la estructura psicótica: la forclusión del significativo del Nombre del Padre. Es decir que este significativo no está ni presente ni ausente, sino que no está inscripto y al no ser admitido en el Otro, en el inconsciente, no permite la operación de la metáfora paterna (Lacan, 2015).

La metáfora es la sustitución de un significativo por otro, en este caso el Nombre del Padre sustituye al Deseo de la Madre. La forclusión del nombre del padre en la psicosis impedirá la inscripción de la castración y por ende del atravesamiento del Complejo de Edipo, y en suma, no va a haber una inscripción de la falta. (Lacan, 2015)

Considero que éste es el punto nodal que viene a esclarecer en particular el caso de los tres niños de Brasil. Esta profunda alteración de lo simbólico que se puede observar en las psicosis concierne a que hay una ausencia de la falta. La pérdida, la escansión, el elemento negativo no está inscripto. Al no haber una falta simbólica no puede pensarse la alternancia, es decir la incorporación del + y -, lo cual nos da el primer elemento de un orden simbólico. (Lacan, 2015)

Lo simbólico viene a ordenar a lo imaginario ¿en qué sentido? Nociones como adentro/ afuera, antes/ después, sí/no, es decir las nociones que nos ordenan en *tiempo* y *espacio*, no son posibles de pensar sin la connotación del + y el -, sin la diferencia. Es así como observamos que en casos como el de los tres niños no les es posible distinguir que se está *fuera* del consultorio pero *dentro* del centro de salud, *antes* de mañana, etc.

No hay una posibilidad para el sujeto de *amarre* alguno a la cadena significativa, a alguna significación, debido a que no hay intervalo. Rivas cuando se refiere a la psicosis plantea una “aceleración del tiempo, sin punto de límite. [...]El sujeto está des-sujetado del lenguaje y de la pulsión” (Rivas, 2013:41).

Una alteración de este tipo en el registro simbólico supone, inevitablemente, un desorden de las nociones temporo-espaciales. Sin embargo, encontramos numerosos casos de niños que no están ubicados en tiempo y espacio y aún así no presentan la sintomatología de los tres niños. No se trataba, en mi opinión, de una perturbación en estas nociones ordenadoras del pensamiento. No era eso lo que estaba en juego; sin

embargo, sí es válido retomar lo que plantea Rivas con respecto a la imposibilidad del corte debido a la no inscripción de la falta.

Es muy interesante cómo esta línea plantearía exactamente lo opuesto a lo que vengo desarrollando: la no inscripción de la falta conlleva a que no se instaure la alternancia, un corte que ponga límite a una continuidad sin descanso.

Con Lacan el caso de los tres niños toma exactamente el giro opuesto, ya que el tiempo se vería alterado pero no por no tener una continuidad, sino por no obtener un corte. Creo que el término continuidad, sin embargo, se estaría usando aquí para significar cosas diversas. Mientras que la concepción que he planteado de tiempo continuo refiere a una hilación entre instantes que difieren los unos de los otros, la continuidad de la que habla Rivas supone una continuidad sin cortes, sin diferencia. Por lo que más que continuidad sería, en mi opinión, mismidad: Un tiempo constantemente presente, que no es lo mismo que continuo, a mi parecer.

Por el contrario, más que opuesto, el desarrollo desde la vía lacaniana creo que converge con lo hasta ahora planteado: No tener un corte que haga una diferencia entre un momento y otro se vuelve lo mismo a plantear que se vive cada instante de forma inconexa, ya que de lo que en verdad se carece es de la capacidad de percibir en el tiempo la continuidad entre instantes, diversos entre sí.

El desarrollo desde la vía lacaniana encuentro que enriquece al precisar que la continuidad no es posible sin la diferencia, sin la inscripción de la falta en el universo simbólico.

Vemos así que la relación que tenemos con el tiempo como continuo puede verse perturbada por diversas vías y que su alteración conlleva a visibles rasgos psicopatológicos.

## VI. Conclusión

A lo largo del ensayo he ido desarrollando dos vías posibles para pensar los interrogantes que me produjo la experiencia con estos tres niños en el centro de salud. Me gustaría resumirlas para ir concluyendo.

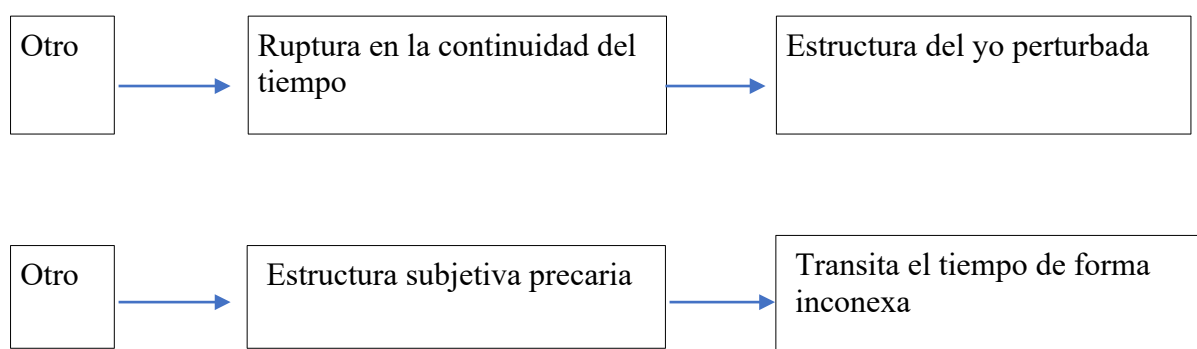
- Por un lado, una vía plantearía que, a partir de un Otro que no respondería a tiempo, se produce una ruptura en la continuidad personal de la existencia en el niño. Esta ruptura tendría efectos sobre la estructuración subjetiva. Específicamente, según Winnicott, sobre la estructura del yo como instancia psíquica. Pensando a los tres niños, se podría decir que, posiblemente, ante una falla en la relación con el otro, la capacidad de habitar al tiempo como continuo se vio trastocada y por ende la estructuración subjetiva afectada.

- Una segunda vía plantearía que una estructuración subjetiva sumamente precaria y endeble ante cualquier mínima amenaza podría verse derrumbada, por lo que se evitaba habitar el tiempo de forma continua por la interpelación subjetiva que inevitablemente esto supone. Un modo de evitar esta interpelación sería viviendo cada instante sin conexión con el instante anterior, saliéndose del tiempo continuo, habitando cada instante sin que exista una sucesión con algo anterior o posterior.

Ambas hipótesis comparten tres aspectos que están presentes en los tres niños:

- Que el tiempo no lo transitaban de forma continua
- Que la estructuración subjetiva se había visto afectada
- Que había un Otro cuyas operaciones generaban los dos aspectos anteriores

Mientras que una hipótesis supone que la ruptura en la continuidad temporal afecta a la nascente estructura del yo, la otra plantea que ante una estructura subjetiva endeble que se ve amenazada se transita al tiempo de forma inconexa como reacción evitadora. Sujeto y tiempo parecieran dos caras de una misma moneda, como si indefectiblemente el trastocamiento de uno supusiera afectar al otro. Sin embargo por una vía se llega primero a una cara, y por la otra vía a su reverso.



Ref: Elaboración propia.

Para concluir, creo que aunque ambas vías comparten la idea de que no se habitaba al tiempo de forma continua, la diferencia radica en el *porqué*. Mientras que una vía propone que no se habitaba al tiempo de forma continua debido a que este no se constituyó como experiencia subjetiva, la otra plantea que no se trata de una imposibilidad por habitar al tiempo como continuo sino que, por el contrario, se trata de una cuestión defensiva: se evita la experiencia de continuidad del tiempo para

autopreservar una estructuración subjetiva endeble que se ve amenazada. En la segunda vía de análisis, el no transitar la continuidad del tiempo lejos de ser una imposibilidad, sería una operatoria. Creo que ambas vías se encuentran, cruzan en ciertos puntos en común, sin embargo, intentan responder a la pregunta inicial desde distintos lados.

- Por último, se debe sumar la vía enriquecida por las teorizaciones lacanianas, la cual propone que en las estructuras psicóticas hay un trastocamiento del registro simbólico al estar forcluido el significante amo en el Otro. La no inscripción de la falta impide que existan cortes, marcas que diferencien un momento de otro y habiliten la percepción de una continuidad.

Generalmente el análisis clínico tiene en cuenta el modo de transitar los espacios y se señala cuando este movimiento está perturbado. Es decir, se atiende a cuando el ritmo con el que se transita el espacio se sale de la norma por ser visiblemente más rápido o más lento de lo común. Sin embargo, en este ensayo me interesa señalar que en algunos casos no habría un ritmo ni más acelerado ni más lento, sino a- rítmico, es decir, no habría una continuidad que permita hablar de un ritmo. Habitar el tiempo de forma fragmentada e inconexa se evidenciaría en las perturbaciones del movimiento, en como se transitan los espacios, pero pienso que sería un error no despegar al tiempo del espacio.

Mencioné, al principio del ensayo, que no buscaría respuestas sino caminos posibles de ser transitados. Para los límites de este ensayo, creo justificado sólo acercar distintas lecturas posibles sobre las preguntas que se produjeron e insistieron en mí a partir de mi experiencia con los tres niños de Brasil.

Sin embargo, no hay que engañarse, sabemos que para la clínica esta tibieza disfrazada de apertura lo que en realidad consigue es obturar el abordaje clínico. El modo de entender y leer al sujeto y sus procesos determina el abordaje que haremos. Tomar posición a partir de ciertos bagajes teóricos supone ubicarse en un punto determinado del campo psi, desde donde ciertos aspectos se esclarecen y muchos otros quedan ocultos simplemente por una cuestión de perspectiva. Posicionarse implica una mirada y también, inevitablemente, un sesgo. Aún así la intervención no escapa de ella. Siempre se interviene desde algún lugar, sea este lugar uno del cual nos hemos apropiado o al cual hemos sido llevados sin nunca haberlo realmente cuestionado.

Con suerte, este ensayo pueda aportar a ese primer momento de interrogación, de pesquisa de las preguntas que despierta la inagotable y, ciertamente, fascinante complejidad del ser humano.

## VII. Referencias bibliográficas:

- Borges, J. (1972). *El oro de los tigres*. Buenos Aires, Argentina: Emecé
- Freud, S. (2010). *Pulsiones y destinos de pulsión*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores
- Freud, S. (2011). *Más allá del principio de placer*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores
- Lacán, J. (2015). *La psicosis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós editores
- Lacán, J. (2015). *La relación de objeto*. Buenos Aires, Argentina: Paidós editores
- Mannoni, M. (2011). *El niño retardado y su madre*. Buenos Aires, Argentina: Paidós editores
- Rivas, E. (2013). *Pensar la psicosis: el trato con la disidencia psicótica o el diálogo con el psicótico disidente*. Buenos Aires, Argentina: Grama editores
- San Agustín (1824). *Las confesiones*. Madrid, España: Verges editores
- Serna Arango, J. (2003). "Borges y el tiempo". *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Vista en junio de 2014 en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/150665.pdf>
- Schopenhauer, A. (2005). *El mundo como voluntad y representación*. Madrid, España: Akal editores
- Titos Lomas, F. (2013). "El tiempo desde una perspectiva filosófica". Vista en junio de 2014 en <https://educacion.elpensante.com/ensayo-sobre-el-tiempo-filosofico/>
- Tustin, F. (1997). *Barreras autistas en pacientes neuróticos*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores
- Winnicott, D. (1962). *La integración del yo en el desarrollo del niño*. Vista el 4 de julio de 2018 en <http://www.psicocanalisis.org/winnicott/integryo.htm>
- Winnicott, D. (2009). *Realidad y juego*. Buenos Aires, Argentina: Paidós editores